

en Keble), subyacentes a gran parte de su pensamiento eran: el principio sacramental (o de analogía) y la probabilidad⁶². Si la analogía se refiere primariamente a la realidad de las cosas, la probabilidad es una teoría epistemológica, nos indica cómo es el acceso del individuo concreto al conocimiento de dicha realidad. Ambos puntos, sin ser el uno estricta deducción del otro, tienen, como cabría esperar, un fondo común: puesto que la realidad es analógica, y siendo lo sensible representación de lo meta-sensible, y siendo nuestros conocimientos analógicos respecto a la realidad que representan, y siendo nuestro lenguaje analógico respecto a nuestras representaciones mentales, cada momento de este proceso no es sino un indicio –analógico– del momento siguiente al que apunta, nunca una representación completamente adecuada –unívoca– del mismo, ni una expresión meramente equívoca.

J. Vives afirma, en concreto, que “*el sentido ilativo y el principio de la convergencia de probabilidades no son más que la consecuencia epistemológica del principio de la analogía*”⁶³. En efecto, las realidades superiores no son conocidas directamente, sino a través de las inferiores, las cuales son como sombras e imágenes que anticipan y apuntan hacia aquéllas. En consecuencia, las realidades meta-sensibles las conocemos a través de los indicios analógicos –las ‘probabilidades’–, que llaman Butler y Newman, que piden nuestro asentimiento y nos alcanzan una verdadera certeza⁶⁴. Es otro tipo de lógica, que Newman llama informal (en relación a la lógica formal o deductiva), que se basa en la captación de probabilidades antecedentes por medio de una facultad que llama *sentido ilativo*, el cual extrae una conclusión del conjunto de dichas probabilidades que va más allá de la estricta lógica (formal) y que, de forma concomitante, crea certeza en la mente que lo ejercita. Esta facultad posibilita este salto (fundamentado) del nivel de las realidades empíricas a las trascendentes. Así, podemos captar –analógicamente– el Misterio, que no deja de permanecer como misterio para nosotros.

Así resume y concluye J. Vives la relación entre analogía y las probabilidades:

*“Igualmente, la analogía funda las ideas de Newman sobre la razonabilidad de la fe (“Grammar of assent”). La certeza de la fe no se basa en una deducción estricta de verdades previas, sino en la percepción (la mirada) cada vez más profunda de la realidad que experimentamos; es decir, en la percepción de la verdad parcial como analogía de la verdad absoluta”*⁶⁵.

62 Vide n. 8.

63 Vives, p. 365.

64 Vide n. 23.

65 Vives, 368 (Summary).

Blaise Pascal

LA MISIÓN QUE NACE DE LA FE

Rev. Aragón. Teol. 45 (2017)

Carmen Herrando Cugoto

Hubo un hombre que, a los doce años, con barras y redondeles, había creado las matemáticas; que, a los dieciséis, había realizado el más sabio tratado sobre las cónicas que se había visto desde la antigüedad; que, a los diecinueve, redujo a máquina una ciencia que existe toda entera en el entendimiento; que, a los veintitrés, demostró los fenómenos de la pesadez del aire y destruyó uno de los grandes errores de la física antigua; que, a esa edad en que los hombres comienzan apenas a nacer, habiendo acabado de recorrer el círculo de las ciencias humanas, se apercibió de su nada e hizo girar sus pensamientos hacia la religión; que, a partir de ese momento y hasta su muerte, que acaeció en su trigesimonoveno aniversario, continuamente enfermo y colmado de sufrimientos, fijó la lengua que hablaron Bossuet y Racine, dio el modelo de la más perfecta ironía como el razonamiento más poderoso; y que, finalmente, en los breves intervalos de sus males, resolvió por abstracción uno de los más altos problemas de la geometría, y dejó caer sobre el papel pensamientos que son tan divinos como humanos. Este genio tremendo se llamaba Blaise Pascal.

Chateaubriand, *El genio del cristianismo*.

Blaise Pascal: este nombre tan conocido remite enseguida al físico, al matemático, al científico autodidacta, al ingeniero, al escritor (sus obras contribuyeron a fijar el francés moderno). Pascal fue también un pensador eminente que supo destacar el peso moral del pensamiento recto ("el hombre no es más que una caña, pero una caña que piensa"...) y que tuvo el acierto de alumbrar las "razones del corazón", esas que la razón misma desconoce; y fue asimismo "hombre de mundo", un "relaciones públicas", que diríamos hoy, porque su discurso gustaba y sus maneras seducían, encandilaban... Pero Pascal fue ante todo un cristiano, un hombre marcado en su interior por el fuego de la fe en Jesucristo, que pronto traduciría en misión. Su simpatía por la espirituali-

dad que en su tiempo irradiaba Port-Royal (el monasterio de monjas del valle de Chevreuse, que también tenía una casa en París) hizo, sin embargo, que este aspecto de la vida de Pascal haya quedado, si no escondido, sí un tanto arrinconado y hasta ridiculizado, pues quienes vivían esta espiritualidad, que tenía en san Agustín su principal modelo, fueron los llamados *jansenistas*.

Aunque la familia de Pascal era cristiana, sabemos que Pascal vivió dos conversiones: la primera a los 23 años, y la segunda a los 31. La primera consistió en tomar conciencia de la seriedad de su bautismo (llegaría a sentir horror por los cristianos que vivían ignorantes de la gracia que habían recibido en el primer sacramento); en la segunda le sería revelada la alegría de creer, gracias a un atisbo interior del amor mismo de Dios. Si la primera le llevó a una militancia un tanto delatora y rígida (iría, por ejemplo, a denunciar ante el obispo de Rouen a un fraile capuchino de ideas originales), la segunda le haría tomar conciencia de su misión y emplearse en el acompañamiento de otras personas en la vivencia de su fe, especialmente a través de la escritura de largas cartas que vienen a ser auténticos tratados de temas relacionados con la fe, y que muestran un verdadero don en Pascal para la dirección espiritual.

Blaise Pascal fue un hombre a quien la fe le *quemaba las entrañas*, y eso le llevó no sólo a escribir lo que ha llegado hasta nosotros como sus *Pensamientos* -que querían ser una apología de la fe cristiana-, sino también a convertirse en un cristiano militante. Lo sería especialmente en el caso de las proposiciones de un formulario que Roma y algunas jerarquías, y sobre todo la Compañía de Jesús, pretendían que firmasen académicos y estudiosos notables, pero también las monjas de Port Royal y el grupo espiritual que se había forjado en torno al monasterio.

1. PORT-ROYAL, UN GRAN TEMA¹

Unas palabras sobre Port-Royal son necesarias, porque fue muy importante en la vida de Pascal.

Dos etapas hay que destacar en la vida de este monasterio, de origen cisterciense, situado en el valle de Chevreuse, al sur de París (y en París desde 1629). La primera va desde la reforma emprendida por la madre Angélique Arnauld, en 1608, hasta los años cuarenta del siglo XVII. Antoine Arnauld, un abogado famoso, había “comprado” a finales del siglo XVI los cargos de abadesas para sus hijas Jacqueline y Jeanne, cuando éstas eran aún unas niñas; ellas serán las futuras abadesas Angélique y Agnès. Cuando tuvo mayoría de edad, Angélique Arnauld se dio cuenta de que las monjas no llevaban la vida a la que habían sido llamadas, y promulgó una reforma del monasterio que fue el origen de una comunidad renovada, de cuya espiritualidad beberían muchas personas cristianas, entre las que contamos a Blaise Pascal. Una segunda etapa se inicia en la década de los cuarenta; se prolongará hasta la destruc-

¹ Esto mismo expresó Saite-Beuve, el gran historiador de Port-Royal, en su *Port-Royal: Sainte-Beuve, Port-Royal*, vol. 1, Éditions Robert Laffont, París, 2004, p. 7.

ción del monasterio por Luis XIV, el Rey Sol, a comienzos del siglo XVIII. Si la primera etapa está marcada por la espiritualidad que irradia la comunidad reformada, la segunda lo estará por las polémicas que se crean en torno a cuestiones teológicas referidas principalmente a un libro sobre San Agustín, *Augustinus*, cuyo autor fue el obispo de la ciudad belga de Ypres, Cornelius Jansen, Jansenius, gran amigo de uno de los principales directores espirituales de las monjas de Port-Royal, el abbé de Saint-Cyran.

En esta segunda etapa de Port-Royal, hay que destacar los siguientes acontecimientos, necesarios para entender el mundo en el que se desarrolla la militancia de Pascal.

En 1637, Antoine Le Maistre, famoso abogado, consejero de Estado y hombre de gran predicamento, abandona el *mundo* y se retira a una casita adosada al monasterio de Port-Royal de París. Es el primero de los llamados *Messieurs* o solitarios. Pascal tenía entonces catorce años, y dos años antes había reformulado él solo buena parte de las proposiciones de la geometría de Euclides.

En 1638 muere Cornelius Jansen -*Jansenius* o Jansenio-, teólogo y profesor en Lovaina y amigo de Jean Duvergier de Hauranne, abbé de Saint-Cyran, confesor, este último, de las monjas desde 1625. Hasta 1640 no se publica su polémico libro, *Augustinus* (Lovaina, 1640 y París, 1641), que será condenado en 1643 por la bula *In eminenti*, de Urbano VIII. Ese año, el arzobispo de París prohíbe predicar sobre asuntos que tengan que ver con el libro de Jansenio.

El abbé de Saint-Cyran, de quien el cardenal Richelieu, primer ministro de Luis XIII, decía que era "más temible que siete ejércitos", es encarcelado en la prisión de Vincennes en 1638; moría en 1643.

En adelante, los acontecimientos en torno a los que empezaban a conocerse como *jansenistas* se sucederán rápidamente, haciendo que estas personas que se nutrían de la espiritualidad de Port-Royal viviesen más en alerta por los ataques a los que empezaban a verse sometidos; su fe estaba reforzada por la vida que el monasterio generaba alrededor.

2. LAS "CONVERSIONES" DE PASCAL

La familia Pascal se instala en Rouen en 1639. Richelieu había nombrado a Étienne Pascal (padre de Blaise) Comisario de los Impuestos en la Alta Normandía. Fue gracias a la intervención de la pequeña de la familia, Jacqueline, que había representado una obra de teatro ante el cardenal en febrero de 1638, y había tenido la audacia de rogar a aquel eclesiástico y hombre de Estado que librase a su padre del castigo de prisión, pues Étienne cumplía condena de cárcel por haberse manifestado ante la casa del ministro de hacienda, por culpa de un asunto de hipotecas en que se había enredado.

En Rouen, en 1646, el padre de Pascal sufre un accidente al resbalar sobre el suelo helado. Aquel acontecimiento cambiaría la vida de la familia, pues los médicos que atendieron al herido, los hermanos Deschamps, fueron acogidos durante un tiempo en casa de los Pascal, y allí hablaron con entusiasmo de una nueva corriente cristiana que tenía en su centro las enseñanzas de san Agustín. La familia quedó impresionada por esta manera de vivir el cristianismo, y tanto el padre como sus tres hijos comenzaron a tomarse en serio su fe. Formaban ya una familia cristiana, pero entonces cayeron en la cuenta de las repercusiones que la fe había de tener en sus vidas. Cada miembro de la familia viviría esta conversión desde su situación particular: Étienne, desde el ejercicio de su profesión de recaudador de impuestos; la hermana mayor, Gilberte, desde su realidad de madre de familia (se casó en 1641 con Florin Périer, y tuvieron seis hijos); Jacqueline, la pequeña, planteándose dejar el mundo para entregarse a Dios (ingresaría más adelante en Port-Royal de París). En cuanto a Blaise, tomó mayor conciencia de su fe, sin dejar sus investigaciones... No había cumplido los veinte años cuando inventa la máquina de calcular (la "pascalina"), para ayudar a su padre con las cuentas. Empezaba a ser famoso...

Esta toma de conciencia de la seriedad de su fe fue la primera conversión de Pascal. Como escribe Henri Gouhier, "toda conversión lleva en sí misma cierta revelación del carácter o de la personalidad del converso"². ¿Cuál es el sello de esta conversión de Blaise? Gouhier subraya que aquel acontecimiento sacaría a la luz el carácter militante del joven sabio. Militancia que se revelará con más intensidad tras la conocida como "segunda conversión", en noviembre de 1654. Y si Jacqueline se siente enseguida llamada a abandonar el mundo o Gilberte se vuelca en educar a sus hijos con gran celo cristiano, la llamada interior de Blaise le llevaría hasta la escena del mundo para ejercer ahí el papel de intelectual comprometido con la causa del cristianismo, pues Pascal se compromete con la que descubre en sus adentros como verdadera religión. Así, se puede decir que la conversión despierta en Pascal un alma militante, y que tanto la naturaleza como la gracia se encaminan en su persona hacia la vida activa: activa y combativa, a favor de la fe en Jesucristo.

Esto que se refiere a la primera conversión cobra gran intensidad con la segunda, que es la que brota de la experiencia de fe que Pascal vivirá en la noche del 23 al 24 de noviembre de 1654; dicha vivencia tuvo lugar tras la etapa mundana que siguió a la desazón en que quedó tras la muerte de su padre (septiembre de 1651) y la soledad que seguiría al ingreso de su hermana Jacqueline en Port-Royal de París, en enero de 1652. Aquella noche Pascal sintió que Dios obraba en él. Hasta entonces no había "sentido" nunca el hacer de Dios en su vida, y rogaba incansablemente al *Deus absconditus* que se le mostrase, que le hiciese sentir su presencia... Y lo que sintió y llegó a transformarle desde dentro lo dejó plasmado en lo que se conoce como *Memorial*, un escrito que en adelante Pascal llevaría siempre consigo, cosido a los dobladillos de sus gabanes; en uno de ellos fue hallado tras su muerte. Pascal copiaba el texto en un trozo de papel y después lo envolvía en un per-

2 Henri Gouhier, *Blaise Pascal. Conversion et apologétique*, Vrin, París, 1986, p. 16.

gamino; tenía varias copias con el fin de que la memoria de aquella noche de noviembre le acompañase hasta el último de sus días.

El texto es el que sigue:

Fuego
 Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob,
 No de los filósofos ni de los sabios.
 Certidumbre. Certidumbre. Sentimiento. Alegría. Paz.
 Dios de Jesucristo.
Deum meum et Deum vostrum.
 Tu Dios será mi Dios.
 Olvido del mundo y de todo lo que no sea Dios.
 Él sólo puede ser hallado por las vías enseñadas por el Evangelio.
 Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido.
 Alegría, Alegría, Alegría, llantos de alegría.
 Me separé de Él.
Dereliquerunt me fontem aquae vivae.
 Señor, ¿me abandonarás?
 Que no me vea eternamente separado.
 Esta es la vida eterna:
 Que te conozcan a ti, único Dios verdadero
 Y a tu enviado, Jesucristo.
 Jesucristo
 Jesucristo.
 Me separé de Él. Lo rehuí, negué, crucifiqué.
 ¡Que no me vea nunca separado de Él!
 No se conserva más que por los caminos que enseña el Evangelio.
 Renuncia total y dulce.

3. TRES MANIFESTACIONES EN SU VIDA

Las vivencias de conversión –y muy especialmente la segunda-, avivaron el celo apostólico y militante de Pascal. Se puede decir que fueron tres las manifestaciones de este “toque de Dios” en su persona: la primera, que en nuestro autor brotaría una querencia espontánea por el acompañamiento espiritual, muy equiparable al ejercicio de una auténtica dirección espiritual. En Pascal maduró pronto un deseo grande de comunicar la fe y de ayudar a los demás a vivir desde la fe, una gran fuerza que le llevaba a aconsejar en la vivencia religiosa tanto a quienes se lo pedían como a quienes no lo hacían. Muestra de ello la tenemos en muchas de sus cartas; por ejemplo, las que escribe a su hermana Gilberte y al marido de ésta, con ocasión de la muerte del padre en otoño de 1651, que son un verdadero tratado sobre la muerte cristiana. Pero también las que enviará a Mademoiselle de Roannez, hermana de su amigo Arthus, duque de Roannez, en 1656, aconsejándole, orientándole... Charlot-

te de Roannez, que al parecer estuvo enamorada de Pascal, tuvo una vida sumamente trágica.

Este mismo sello de dirección espiritual tienen los escritos sobre “La conversión del pecador”, de finales de 1655; y el mismo fondo late en la meditación sobre el “Misterio de Jesús” o en la impresionante “Oración para hacer buen uso de las enfermedades”; todos ellos vienen a responder a un gran deseo y a la realidad de un acompañamiento espiritual.

La segunda manifestación consiste en que, desde su primera conversión y hasta su muerte, Pascal se pone al servicio del cristianismo católico, al que sus experiencias de conversión le dejan definitivamente ligado. Hay que recordar que Pascal no era ningún incrédulo, ni alguien que hubiera vuelto a la fe tras abandonarla durante una temporada. Pascal es simplemente un cristiano que descubre la seriedad de su fe, las exigencias de su fe, y aspira a tomarlas muy en serio, horrorizado ante quienes vivían únicamente los ritos o los aspectos más “sociológicos” de la práctica religiosa. Su religión es el cristianismo católico, pero a partir del encuentro con los médicos de su padre en Rouen y tras la vuelta a París en 1647, la entenderá al estilo de sus nuevos maestros espirituales: los teólogos y las religiosas de Port-Royal -entre las que pronto estará su propia hermana-, los solitarios, los sacerdotes encargados de la dirección espiritual de quienes frecuentan el monasterio, y, sobre todo, la autoridad del santo obispo de Hipona, San Agustín, cuyos escritos llegó a conocer extraordinariamente bien. Pascal defenderá a capa y espada esta doctrina o, mejor, este modo de vida, frente a quienes lo tratarían de *sectario*, en el sentido de considerar una suerte de secta a quienes se adherían a él. De ahí los combates de las *Cartas Provinciales*, pues bien sabía Pascal que en casos así una ofensa era la defensa más provechosa...

Pero, además, Pascal sabe de su capacidad para realizar un ejercicio de escritura claro y sin florilegios; conoce su facilidad para escribir en un francés elegante y que, al mismo tiempo, todos entiendan, y en el que los más doctos puedan recrearse; un lenguaje regido por la rectitud y no exento de ironía, algo que nuestro hombre de ciencia domeñaba con una gran maestría. Sabía que este ejercitar la claridad es clave; y esto es lo que pretenderá, por ejemplo, con sus *Escritos sobre la gracia*: mostrar con llaneza, y para que todo el mundo lo pueda entender, el meollo de la controversia teológica que entonces removía Francia y que llegó a poner en riesgo hasta los cimientos de la Iglesia. Quiere ayudar a comprender a quienes no están versados en el tema, y para ello hace un ejercicio de verdadera traducción que resulta un gran servicio para los legos en estas cuestiones. Pascal realizó así la verdadera *transposición* de la que hablaría tres siglos después su compatriota Simone Weil, quien considera que dicha ejercitación en hacer entender lo que no es accesible de primera mano es la verdadera misión del intelectual. Simone Weil cita a Pascal, cuando se refiere a esta tarea/misión:

No se trata de tomar las verdades, bien pobres de por sí, contenidas en la cultura de los intelectuales, para degradarlas, mutilarlas o

vaciarlas de sabor, sino sencillamente de expresarlas en su plenitud por medio de un lenguaje que, con palabras de Pascal, las haga sensibles al corazón, para gentes cuya sensibilidad está modelada por la condición obrera.

El arte de transponer las verdades es uno de los más esenciales y de los menos conocidos. Lo que lo hace difícil es que para practicarlo hay que situarse en el centro de una verdad y haberla poseído en su desnudez, tras la forma particular bajo la que se encuentra expuesta por azar.

Por lo demás, la transposición es un criterio de verdad. Lo que no puede ser transpuesto no es una verdad³.

La tercera manifestación que brota de las conversiones de Pascal –y muy especialmente de la fuerza de alma que le confiere la segunda– es el celo apostólico, un ardor que le lleva a querer convertir a otros; no ya a orientar o a acompañar, tampoco únicamente a aclarar cuestiones sobre la doctrina; para él se tratará de convertir. Pascal es el converso, lleno de celo apostólico, que busca convertir. Su meta no es otra que la de hacer conocer y amar la verdadera religión, dirigiéndose ahora precisamente a quienes sienten hostilidad o desdén por ella, y también a los indiferentes. Así surge el proyecto de un libro al que los estudiosos del autor dan por título *Apología de la religión cristiana*, y que no es otro que el que contiene sus conocidos y luminosos *Pensamientos*, libro que dejaría sin acabar.

En definitiva, Pascal quiere convencer y ejercer una acción sobre otros espíritus, ya sea desde el acompañamiento espiritual personal o dirección de conciencia, ya desde su aportación de persona implicada en las polémicas entre jansenistas y pelagianos (casuistas, jesuitas...), o a través de la elaboración de una apologética que escribe sobre todo pensando en los no creyentes e indiferentes, o en los cristianos, sin más, en quienes son como él era antes de su conversión: simples cristianos despreocupados, que no se dan cuenta del grosor y de la hondura de las exigencias de su fe.

Vale la pena detenerse en estos puntos, ilustrándolos algo más con la vida de Pascal.

4. ALGUNOS HITOS EN LA VIDA DE ESTE CRISTIANO MILITANTE

La conversión de la familia Pascal en 1646 deja ver en Blaise cierta vocación “batalladora” en el campo religioso. El ejemplo más inmediato es el caso Saint-Ange. Un capuchino llamado Jacques Forton, que tenía el título de *Sieur de Saint-Ange*, expone su visión sobre la perfecta compatibilidad entre fe y

3 Simone Weil, « L'Enracinement », en *Écrits de New York et de Londres, Œuvres complètes*, V, vol. 2, Gallimard, París, 2013, p. 165.

razón, pero orientada según su propia persuasión de haber hallado el fundamento científico de la fe. Forton se remontaba nada menos que a la cronología china para demostrar una serie de datos. A Pascal no le gustó nada aquel capuchino original, sobre todo porque en la exposición de sus tesis –Pascal había escuchado una conferencia suya– se percató de que apenas tenía en cuenta los puntos centrales de la tradición. Así que no dudó en denunciar al fraile ante el arzobispo de Rouen. Al final, el capuchino se retractó de muchas de las curiosas ideas que proclamaba, y Blaise Pascal vio los frutos de su “militancia”. Esto sucedía en los primeros meses de 1647.

En aquel mismo año, Blaise y Jacqueline regresan a París; más tarde volvería con ellos su padre. Por medio del padre Guillebert, confesor de los hermanos Deschamps (los médicos que habían atendido a Étienne en Rouen) y cura entonces de Rouville, los dos hermanos conocen el monasterio de Port-Royal de París y quedan fascinados. Jacqueline tomó la decisión de ser monja (su hermano la animaría mucho al principio, pero a la hora de la verdad, cuando tras la partida de ella él se quedase solo, puso trabas a la profesión religiosa de su hermana), pero no le quedó más remedio que esperar a que su padre falleciese porque, a pesar de todo, Étienne se negó rotundamente a dejarla ir, convencido como estaba de que ella tenía el deber filial de acompañarle hasta el último de sus días...

En septiembre de 1647, lleno de curiosidad por aquel joven con grandes conocimientos científicos, René Descartes visitaba a Pascal; sucedió concretamente los días 23 y 24, momento en que Blaise se encontraba enfermo. Sabemos que los dos sabios trataron principalmente el tema del vacío, y que el filósofo quedó fuertemente impresionado por el joven científico. Poco después, Pascal escribiría a su cuñado dándole instrucciones para que realizase el experimento sobre el vacío que había propuesto el italiano Evangelista Torricelli; Florin Perrier lo llevaría a cabo en Auvernia, en lo alto del Puy-de-Dôme, cerca de Clermont, un año después.

Por otra parte, tan encantado estaba Pascal con los *discípulos de San Agustín*, que en medio de las controversias y las polémicas cada vez más tensas que surgían en torno a *Augustinus*, el libro de Jansenio, propuso a uno de los clérigos de Port-Royal, el abbé de Rebours, ayudarles él mismo en aquellas discusiones... De entrada, nada quiso saber aquel sacerdote de este joven casi desconocido, pero cuando Pascal volviese a hacer la misma propuesta unos años más tarde, los notables del entorno de Port-Royal aceptarían gustosos su colaboración.

Mientras tanto, Pascal seguía con sus experimentos sobre el vacío y la pesadez del aire, y con sus investigaciones en otros campos. Tras la muerte de su padre, que tuvo lugar en otoño de 1651, emprendió lo que se ha dado en llamar su *etapa mundana*, un periodo de frecuentación de los salones más elegantes de París, donde era muy bien acogido, entre otras cosas porque era una persona afable, resultaba gracioso en el trato y, sobre todo, conversar con él era muy interesante. En realidad, Pascal acusaba la muerte de su padre,

pero también el abandono de su hermana Jacqueline, quien al no tener ya impedimentos para ingresar en Port-Royal, dejaba la casa familiar a principios de enero de 1652. Las relaciones entre los dos hermanos llegaron a enrarecerse porque Blaise haría chantaje a su hermana con la herencia que les había dejado el padre; no acababa de aceptar que Jacqueline le dejase solo.

Sin embargo, la carta que Pascal envió a su hermana Gilberte y a su cuñado, con motivo de la muerte de Étienne, es un auténtico tratado sobre la muerte cristiana, y no parece haber sido escrita por un personaje tan “mundano” como se suele decir que era Pascal entonces. Pero, en cualquier caso, Blaise y Gilberte fueron poco coherentes y muy poco generosos con su hermana Jacqueline. Al primero le podían los celos o su impotencia ante la partida de su hermana, pues pensaba que acabaría cediendo y se quedaría con él, como hizo con su padre; y en el caso de la hermana mayor, prevalecían los asuntos económicos en que se había metido su familia, y concretamente la compra de una casa en Auvernia. Ambos retrasarían la entrega de lo que a Jacqueline le correspondía por herencia, pues sabían que la hermana religiosa, una vez hubiese emitido sus votos, ya no contaba como persona civil (los religiosos no existían entonces civilmente) y no podría disponer de nada. Por eso Jacqueline rogaba encarecidamente a sus hermanos que le remitiesen su parte de la herencia para poder donarla al Monasterio antes de profesar. Gilberte y Blaise recapacitaron, y la víspera de la ceremonia de los votos de Jacqueline, a principios de junio de 1653, Pascal se presentó en Port-Royal de París para hacer entrega a su hermana de parte del dinero de la herencia de su padre. Blaise se arrepintió profundamente, y desde aquel momento empezaría a querer alejarse del mundo y de todas sus falsas relucencias (*faux brillants*, solían decir en Port-Royal).

La conocida como etapa mundana fue también para Pascal el tiempo de la amistad con el duque de Roannez, Mitton y el caballero de Méré... Tres amigos de fiestas, pero también de otro tipo de empresas y demás tareas y negocios. Años más tarde, muy influenciado por su amigo Pascal, Arthus de Roannez acabó renunciando a sus bienes, a un matrimonio muy interesante, y al mundo; entregó el título de duque a su cuñado y se retiró a vivir casi como un ermitaño, dedicándose a difundir la herencia espiritual de Blaise Pascal, tras la muerte de éste.

Pero no tardarían en llegar las polémicas de La Sorbonne y el gran declive de los conocidos como Jansenistas. Las cosas venían de muy atrás, y pronto se precipitarían.

5. LOS EMBROLLOS ACADÉMICOS DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

El primer día del mes de julio de 1649, Nicolás Cornet, síndico de la Sorbona, presentaba unas proposiciones manifiestamente heréticas ante los señores doctores (dichas proposiciones quedaron reducidas a cinco), al tiempo que sostenía que figuraban en *Augustinus*, el libro de Jansenio sobre San Agus-

tín. Cornet era un casuista y amigo de muchos miembros de la Compañía de Jesús. El asunto llegó a ser tan beligerante y crudo, que no tardaría en llegar a Roma.

Blaise Pascal, entre tanto, seguía con sus investigaciones (cálculo de probabilidades, estudio de los fluidos, las matemáticas contrastadas con Fermat, con quien tendría un importante intercambio por carta...), pero fue por entonces cuando su vida dio un verdadero vuelco y tuvo lugar la segunda conversión, la que culminaría en la *nuît de feu* de noviembre de 1654, con el conocido *Mémorial*.

En enero de 1655, Pascal hace un retiro prolongado en Port-Royal des Champs. Reside al menos tres semanas con los Solitarios (Arnauld, Singlin, Monsieur de Sacy...), aquellos notables que llevaban una vida retirada en las dependencias del monasterio. En este contexto es donde tienen lugar las *Conversaciones con Monsieur de Sacy*, una de las obras principales de Pascal. A este clérigo que nada quería saber de filosofías, Pascal le hablará de Epicuro y de Montaigne, dos autores muy leídos en aquel tiempo, incluso por los llamados libertinos. Pascal muestra a Sacy la importancia de tener en cuenta los temas que “se discuten” en la sociedad. Y tanto lo subraya, que al final de su retiro da una conferencia sobre Epicuro y Montaigne en Port-Royal des Champs para los solitarios y los amigos del monasterio que quisieran acudir.

Y es que Pascal tiene experiencia del mundo. Él no es uno de los solitarios, sino que opta por vivir en el mundo. Su audacia, sin embargo, y su particularidad, le harían rechazar el mundo pero sin abandonarlo como hacían sus amigos los solitarios. Pascal es un laico comprometido que permanece en el mundo, y como vive en el mundo, tiene que saber del mundo y aprovechar lo que el mundo le brinda para la difusión de la fe. Tras aquel bendito día de noviembre de 1654, no vivirá para otra cosa... Por otra parte, en su interior se va haciendo cada vez más amplio el espacio donde quiere intervenir, y esto hace que ya no se fije únicamente en los cristianos que viven su religión sin gustarla y sin ahondar en ella; en adelante pensará en ateos, deístas, escépticos... A todos quiere comunicar las verdades de la fe, pues las considera, cada vez más, un tesoro precioso. En todo lo que emprendía se acogía al sentido común, y lo aplicaba especialmente a su lucha en defensa de la verdad.

Durante el año 1655 y en lo sucesivo, Pascal visitará con frecuencia Port-Royal (tanto la casa de París, donde vivía su hermana, como Port-Royal des Champs). Con la Hermana Jacqueline de Sainte Euphémie, que es el nombre religioso adoptado por su hermana, mantendrá conversaciones espirituales muy profundas.

En diciembre de 1655, se abre el proceso contra Antoine Arnauld en la Sorbona. Dos años atrás, el último día de mayo de 1653, Inocencio X había emitido la bula *Cum occasione*, que condenaba las cinco proposiciones presentadas por Cornet (sin designar aún el autor de las mismas). El 29 de diciembre de 1654 fue cuando el papa emitió un breve dirigido a los obispos, en el que precisaba que había condenado la doctrina de Cornelius Jansen.

Los escritos pascalianos sobre la *Vida de Jesucristo* datan del último tercio de 1655, y constituyen otro ejemplo de la misión que siente Pascal para dar a conocer a Jesús. Pero los acontecimientos de La Sorbona siguieron su curso, y Arnauld era condenado en enero de 1656. El teólogo de Port-Royal afirmaba que las proposiciones condenadas no se hallaban en el *Augustinus*, mientras los doctores de la Sorbona decían que sí. Es lo que se conocería como “cuestión de hecho”. Pascal, por su parte, volvió de retiro a Port-Royal des Champs y fue ahí donde planteó a los *Messieurs* o Solitarios la necesidad de hacer algo ante aquellos acontecimientos que atentaban contra los amigos de San Agustín. ¿Cómo actuar? La estrategia presentada por Pascal será servirse del pensamiento a través de la escritura: propone escribir unas cartas que se difundirán por todo París a modo de panfletos. Así nació la primera *Carta provincial* el 23 de enero de 1656 (desde la primera hasta la décima, las cartas van dirigidas “a su amigo provincial”). Aquellos escritos llegaron a causar furor, como decimos con lenguaje coloquial. Comenzaron saliendo seis mil ejemplares, pero llegarían a imprimirse hasta diez mil. La gesta se llevaba a cabo clandestinamente, elaborando los papeles en imprentas diferentes, algunas incluso de fuera de Francia, para no ser descubiertos. La difusión requirió una infraestructura compleja de personas que se movían en el mayor secreto, como harían después anarquistas y revolucionarios. Las cartas las redactaba Pascal desde el más estricto anonimato. La segunda carta provincial apareció el 29 de enero; la tercera el 15 de febrero... En este sentido, se puede decir que Pascal fue también el inventor del panfleto revolucionario...

Mientras tanto, el 31 de enero se pronuncia sentencia definitiva sobre la llamada “cuestión de derecho”, por la que se afirmaba que había clara herejía en las proposiciones (cosa que ni los mismos jansenistas ponían en duda... El problema era si figuraban en *Augustinus*...). Pero el resultado fue que a Arnauld se le retiró el título de doctor y fue expulsado de la Sorbona...

Algunos autores afirman de las cartas *Provinciales* que constituyen el primer ejemplo de un intelectual alzado contra la censura, el totalitarismo y la mentira⁴. En cualquier caso, las cartas tratan de defender una verdad evidente para Pascal y los amigos de Port-Royal: que las proposiciones, tal como las presentaba aquel formulario, no figuraban en *Augustinus*, el libro de Jansenio.

Las cinco primeras cartas critican y ridiculizan a los casuistas; las siguientes atacan de forma directa a la Compañía de Jesús, pero sólo en la medida en que los jesuitas eran considerados semi-pelagianos por los jansenistas. Y, de alguna manera, esa era la realidad de muchos de ellos, que llegaron a ser grandes contemporizadores con la sociedad y especialmente con la corte.

6. EL MILAGRO DE LA SANTA ESPINA

El 24 de marzo de 1656, en medio de aquella vorágine de enfrentamientos y controversias, y con los ánimos exaltados por las expectativas de las *cartas*

⁴ Es el caso de Jacques Attali en *Blaise Pascal ou le génie français*, París, Fayard, 2000, p. 256

provinciales, tenía lugar un acontecimiento singular. Hacía apenas una semana que las autoridades habían decidido imponer la disolución de las *Petites Écoles* y la dispersión de los alumnos de las mismas, así como la desaparición de la figura de los *solitarios* de Port-Royal (se les prohibió morar en el monasterio o en casas adosadas a sus muros). En Port-Royal de París, donde Jacqueline se encargaba precisamente de la formación de los pequeños, residían dos de sus sobrinas, Marguerite y Jacqueline, que eran alumnas de las *Petites Écoles*. Marguerite, ahijada de Pascal, sufría desde hacía unos años un absceso purulento en el lagrimal, que no dejaba de supurar y llegaba a corroerle el hueso contiguo; muchos médicos lo habían visto, pero ninguno lograba curarla, y la herida se hacía cada vez más profunda y grave. El día indicado se veneraba en el monasterio una reliquia que contenía una de las espinas de la corona que los guardias pusieron sobre la cabeza de Cristo en su Pasión. Marguerite veneró la reliquia, como hicieron todas las alumnas, pero a instancias de una de las monjas acercó su ojo al relicario y la herida dejó de supurar: quedó curada milagrosamente. El prodigio fue reconocido “oficialmente” por los médicos de París (incluidos los médicos del mismo rey y el de la reina madre, que era poco amiga de los jansenistas...). El milagro se conoció ya entonces como “milagro de la Santa Espina”.

Aquel acontecimiento daría fuerza a los amigos de Port-Royal, que no dejaban de ser atacados por todos los frentes. Pascal quedó profundamente conmovido y pensó en dedicar una de sus cartas anónimas a esta curación milagrosa: “Dios ha escogido esta casa para hacer estallar en ella su poder”, escribió. Pero fue más allá del milagro concreto, y pensó sobre los milagros en general como signos manifiestos del poder de Dios. Así, este hecho singular que supuso un verdadero regalo para Port-Royal y para la familia Pascal, daría pie a Blaise para concebir y emprender la redacción de una defensa de la religión cristiana, con un apartado largo dedicado a los milagros. Fue así como surgieron sus *Pensamientos*: tras la curación milagrosa de su ahijada, y sin abandonar sus actividades científicas (en esta etapa trabajaba el tema de la “ruleta”, al tiempo que dialogaba epistolarmente con matemáticos notables como Carcavi o Huygens), Pascal se implicará en una acción militante de primer orden: una *Apología* del cristianismo. Sometió dicho proyecto al juicio de los teólogos del entorno de Port-Royal y lo expuso públicamente ante los *solitarios*, que dieron gustosos su consentimiento.

¿A quién quiere convertir Pascal con esta Apología? A todos: libertinos, impíos, ateos, deístas, pelagianos, escépticos... Pero ante todo a los cristianos que descuidan su fe o que no han descubierto la hondura y el significado de la misma; a los cristianos que son como él era antes de tomar conciencia de la maravilla de creer. Pascal es un converso dentro de la misma Iglesia y, por lo tanto, no dudaba de la existencia de Dios. Pero con su conversión tomó conciencia de las implicaciones del cristianismo. Para Henri Gouhier, “la conversión significa un amor de Dios tal, que excluya todos los demás [amores] y que se manifiesta en el desprecio de uno mismo. No basta, pues, con asistir a misa o con obedecer los mandamientos de la Iglesia, ni tampoco con tener un

comportamiento de persona honesta”⁵. En uno de los opúsculos de esta época, Pascal deja bien claras estas ideas en torno a la verdadera conversión; se trata del escrito *Comparación de los cristianos de los primeros tiempos con los de hoy en día*. Nuestro autor veía que la dejadez de los cristianos, muy ligada a la falta de formación, era una de las variantes de la indiferencia religiosa. Y es sobre este punto de la indiferencia religiosa sobre el que más insistirá, pues le inquietaban sobremanera los adultos bautizados que obraban y vivían como si no hubieran recibido el bautismo; a Pascal le desazonaba la ausencia de verdaderos cristianos⁶.

7. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE PASCAL

Aunque Blaise Pascal estuvo bastante enfermo durante toda su vida (no vivió más que treinta y nueve años), en 1659 se agrava su enfermedad, y durante casi dos años permanece en “un estado total de anonadamiento de sus fuerzas”, como escribirá su hermana Gilberte en *Vie de Monsieur Pascal*. Movidio por esta situación, en 1660 compuso la *Oración para el buen uso de las enfermedades*, con la clara intención de servir a la causa del cristianismo y ayudar a otros a ser buenos cristianos.

Por su parte, las cartas *Provinciales* contribuyeron a dar a conocer el laxismo moral de los casuistas y favorecieron que unos cuantos curas parisinos tomaran conciencia de la situación y se pronunciaran con una denuncia contundente de los llamados casuistas (donde quedaban incluidos también muchos jesuitas). Los hechos sucedieron así: los jesuitas publicaron una *Apología para los casuistas contra las calumnias de los jansenistas*, donde trataban de “lobos”, “pastores falsos” o “herejes” a los partidarios de *Augustinus...* Varios curas reaccionaron ante aquello y pidieron ayuda a Pascal. Fue así como en 1658 apareció el texto conocido como *Escritos de los curas de París*, redactado por Pascal, que venía a ser como la continuación de las cartas *Provinciales*. La militancia de Pascal prosiguió en la ayuda prestada a estos párrocos que se negaban a aceptar la falta de seriedad de los casuistas y se sumaron a la causa jansenista.

“Geometría, mecánica, física, estética, retórica, teología, apología, pedagogía, y hasta los métodos de lectura, llegaron a movilizar a Blaise Pascal. Hasta se puede suponer que el capítulo VI de la *Grammaire de Port-Royal* –‘Una nueva manera de aprender a leer con facilidad en todo tipo de lenguas’, publicado en 1660-, guarda algo del método de Pascal”, escribe André Le Gall⁷ en su biografía de Pascal.

A partir de 1661, una nueva exigencia venía a desconcertar a los *amigos de Port-Royal*, pues se exigió a los eclesiásticos que firmasen un *formulario*

5 Henri Gouhier, *Blaise Pascal. Conversion et apologétique*, op. cit., p. 129.

6 A esta época pertenecen escritos breves, pero tan importantes como *El arte de persuadir* o *El espíritu geométrico* (1658) o los *Escritos sobre la gracia* (1657-1658).

7 André Le Gall, *Pascal*, Flammarion, col. Grandes biographies, París, 2000, p. 349.